



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo I.....

OTRO ESCRITOR VASCO

(Para la Nación)

SALAMANCA, diciembre de 1907.

En cierta ocasión Menéndez y Pelayo, que nunca ha sentido predilección por los vascos, habló de la «honrada poesía vascongada» recordando á Samaniego y á Trueba, y yo, comentando esa frase cuyo sentido íntimo creo no se me escapa, dije en Bilbao que era menester deshonrar á nuestra poesía y á nuestra literatura.

Por desgracia más que por fortuna, en efecto, de la literatura vascongada, nunca muy rica, no ha podido decirse hasta hoy en su elogio sino el ser honrada, y esto, tratándose de una literatura, no es ciertamente un gran elogio.

La característica de los literatos vascos hasta no hace mucho, era la parquedad imaginativa, el encogimiento y timidez en los temas y en la manera de tratarlos, la falta de brío, de originalidad y de empuje. Señores muy respetables y muy dignos, excelentes hijos, hermanos ó padres, y modelos de ciudadanos, se ponían á escribir cosas tan razonables como incoloras ó insípidas, en un estilo incoloro ó insípido también. Con tal que defendieran no ya los intereses, sino hasta los prejuicios del país todo lo demás se les dispensaba. Y así se daba el caso de que llegara á pasar entre algunos por prestigioso escritor el autor de cierta «Defensa histórica de las provincias vascongadas», obra latísima y aburridísima, cuya lectura infunde sueño en el más despierto. El sentido estético parecía, si no muerto, dormido en nuestro pueblo.

Conocí y traté siendo yo un jovencuelo á Antón el de los Cantares, al excelente Trueba, y declaro que me parece se le tiene en mi país en un olvido que no merece, pero debo también confesar que su literatura doméstica, pacata, encogida y falta de brío, no puede ni debe tomarse por el exponente del espíritu vasco. Aquello es demasiado infantil y demasiado idílico. Los campesinos vascos que nos describe Trueba parecen pastorcitos de Nacimiento de Navidad; todos son inocentes, candorosos y—hay que decirlo—bastante simples. Y así se acreditó para muchos una leyenda que bien miradas las cosas nos perjudica más que nos favorece.

Pero desde hace algunos años pareció despertar el espíritu de nuestro pueblo á una vida más intensa, más robusta y más enérgica y un sentimiento más hondo y más viril del arte. En la pintura ha empezado á dibujarse algo así como una escuela vasca, á cuyo frente figura Zuloaga, y en literatura pasa algo parecido. Basto citar aquí los nombres de Baroja, Bueno, Grandmontagne y Maeztu, por ser los más conocidos, callándome el info, porque ya hemos convenido en eso de la modestia. Y á ellos empieza á unirse el de José María Salaverría. Y quedan otros de que

os hablaré otro día, que si no han sonado más fuera de nuestro país vasco, se debe acaso más que á otra cosa al encogimiento y timidez de los que lo llevan, pues es esta una cualidad muy de mis paisanos.

Y ha llegado á resultar que mientras en Madrid eran muchos los que se fijaban en cierto parentesco espiritual entre los últimos escritores vascos y notaban algo así como un tono común dentro de las diferencias que nos separan, en nuestro propio país, en el país vasco, se nos miraba con cierto recelo, á pesar de realzar nosotros su nombre ante los extraños, tendiendo á limpiar á nuestra literatura regional del dictado de la casi exclusiva honradez.

Buena parte de nuestro propio pueblo, tan verdaderamente honrado, tan enérgico, tan serio en la vida, aplanado por la influencia jesuítica y clerical y encariados sus gustos por camino de floñeces, de prejulios y de fantasmagorías, como que se disgustaba de ver á algunos de sus hijos emprender derroteros que el director espiritual estima peligrosos ó pecaminosos. Su actitud era la de una antigua y honrada familia de esas que llamamos patriarcales, de las que rezan cada noche el rosario, cuando les sale un hijo radical ó siquiera modernista. Para nuestros buenos burgueses apacentados en Trueba resultaba-

mos unos desentonadores, unos muchachos alborotados ó extravagantes. Y parecían decir ¡lástima de chicos! Nos tenían cariño, sí, y siguen teniéndonos—yo, por mi parte, no me quejo—pero lamentaban nuestras calaveradas. Y cuando han visto que iba en serio y que uno de nuestros propósitos era despertar dormidas energías de la casta y tratar de quitarle ciertas cadenas, no han faltado quienes nos hayan declarado, á mí especialmente, hijos descastados y hasta espúreos.

Los pobrecitos que estiman el vascuence y el catolicismo consubstanciales al espíritu vasco no pueden comprender que amemos á nuestra tierra de otro modo que ellos la aman. Y siguen dándole vueitas al eterno manubrio del organillo tradicionalista y repitiendo todo género de inocentes fantasías y de cándidas leyendas. Se encuentran muy á su gusto en esa Baskonia—con b y k, pues así resulta más infantilmente pintoresca—de una historia sin crítica y de unas tradiciones en su mayoría falsificadas.

Cuando en el prólogo á la comedia de Bernard Shaw «John Bull's other island» me encontré con que el autor se envanece ante todo de ser irlandés, pero irlandés de origen protestante y de pura lengua inglesa, de la lengua inglesa de Swift, también irlandés, me acordé de mi posición, de nuestra posición, la de los escritores vascos que he citado, respecto á nuestro pueblo. También nosotros, yo por lo menos, llevamos con más orgullo que otra cosa nuestra cualidad de vascos, pero jactándonos de haber empleado la energía de la raza en sacudinos de la tutela ortodoxa y en llevar al lenguaje castellano todo el vigor, la concisión y la expresividad de nuestro pueblo.





Fué un barcelonés muy barcelonés, de la penúltima hornada de la juventud intelectual barcelonesa, fué un hombre que se vierte en lo exterior, Jaime Brossa, quien para apoyar un gesto soltó una vez la frase de que el vasco es el alcaloide del castellano. Me chocó y me penetró la frase y en puro repetirla he logrado que tenga cierta relativa circulación.

Bien sé que como todas las frases retóricas, es discutible, y muy discutible y que en puro querer abarcar mucho aprieta y ciñe poco, pero en el fondo me parece que encierra no poco de verdad. Digan lo que quieran los exaltados exclusivistas de mi tierra, los bizkaitarras, cada vez me parece más patente el castellanismo de los vascos.

Nuestros grandes hombres representativos cumplieron su misión al servicio de Castilla ó del espíritu castellano. Así el canciller Ayala, así Legazpi, así Urdaneta, así Garay, así Irala, así Elcano, así Churrua, así Oquendo, así hasta Zumalacarbregui, y así sobre todo nuestro más grande héroe, Iñigo de Loyola, que encarnó en una compañía el alma de la España castellana del siglo XVI. No hay un solo hecho de historia universal que haya llevado á cabo el pueblo vasco por sí solo.

Digo más y es que nos gusta la estepa, «la llanura, eterna y poderosa, tentación de todo montañés» como dice Salaverriá en su «Vieja España», hermoso libro, cuya lectura me sugiere esta correspondencia á LA NACION. Creo que los vascos somos los que mejor hemos sentido á Castilla, y no me dejarán mentir los cuadros de Zuloaga y las novelas de Baroja. Creo más, y es que hay más de un aspecto íntimo de Castilla y de su espíritu que se lo hemos revelado á los castellanos mismos.

¿Y la lengua? Hace poco que hemos irrumpido en el castellano, dejándonos de tímideces. Tratamos, algunos por lo menos, de hacérselo nuestro por derecho de conquista. Es de cierto una lengua admirable para la lucha por el idioma del mundo. «El idioma castellano es—dice Salaverriá—como un acero batido cien veces á golpes de martillo, pulimentado por cien artifices concienzudos, endurecido al choque de cien pueblos: este idioma que siguió de cerca á las espadas, que llegó á los límites de la tierra, este idioma puede ser el arma brillante para la lucha por el dominio del mundo.»

Hallándome en Barcelona hace poco más de un año he de topa con cierto entusiasta escritor barcelonés que sostiene la graciosísima teoría de que los catalanes se diferencian de los restantes pueblos españoles—á los que llama iberos—más que éstos entre sí. Como me pareciese muy divertida esta opinión de lógica mediterránea ó levantina, me permití hacerle observar que en el respecto de la lengua no llegaría hasta sostener que el catalán se diferencia del castellano más que el vascuence, cuando el hombre, con un animado gesto y una intrepidez levantina, me replicó: «Le diré á usted...» Yo me preparé á oír. Y el hombre me dijo que lo que da individualidad y carácter á un

idioma, su esencia, no es ni el léxico, ni la morfología, ni otra cosa más que la fonética. Y yo que le vi venir, añadí: «sí, y la fonética de las vocales.» «¡Exacto!» agregó el hombre encantado de mi perspicacia. Y me preguntó: «¿qué vocales tiene el vascuence?» Y yo: «las mismas que el castellano: á, é, í, ó, ú.» «Sin diferencia de e y o abiertas y cerradas?» dijo, y yo: «sin tal diferencia.» Y él entonces: «¡lo ve usted!» Y para darle gusto agregué yo con calma: «como que después de todo lo más probable es que el castellano no sea más que un desarrollo del latín pronunciado por pueblos de lengua vascongada, que dejaron ésta para adomtar aquí, y lo peculiar y distintivo de él sea debido á los hábitos de hablar éusquera ó vascuence en aquellos que recibieron primero con la cultura, la lengua romana.» Y mi hombre en el paroxismo del entusiasmo y casi á punto de abrazarme: «¡exacto! ¡exacto! ¡exacto!» Y así acabó aquel diálogo sociático.

Larraamendi y tras él otros vascos escribieron sobre la antigüedad y universalidad del vascuence en España. Si así fuera, si el vascuence hubiera sido antes de la invasión romana en la Península la lengua ya que no de toda ella, por lo menos de una gran parte, en la que se comprendería Castilla, resulta claro que base de la población de esta parte es una población vasca que abandonó hace siglos su lengua para adoptar la romana como la está hoy abandonando la población de las provincias vascongadas. Porque siempre hay que partir del principio, más confirmado cada día, de que el fondo de la población española es el primitivo y que significan muy poco junto á él los aportes de las sucesivas inmigraciones é irrupciones. De que el pueblo vascongado conserve aun, en gran parte, su lengua aborigene y el castellano la haya perdido no puede deducirse sin precipitación y falta de criterio histórico, que aquél sea más puro que éste, pues el cambio de lengua no supone por sí mismo mezcla. Hay negros puros que hablan inglés.

Todas estas consideraciones tienden á esclarecer mi creencia de que hay entre nosotros los vascos, y los castellanos una hermandad mucho mayor que se figuran unos y otros. Y nada quiero decir ahora de las candorosas fantasmagorías de aquellos de mis paisanos que se meten á fraguar nuestra historia ~~historia~~ con tanto entusiasmo y sentimentalidad como falta de sentido crítico, que nunca, por desgracia, ha abundado en mi país donde el prejuicio es soberano, intocable y terco.

Y dejando todo esto para decirnos algo de Salaverriá, el amor de éste á Castilla es evidente y transpira de cada página de su «Vieja España». Sólo que ve á Castilla más que directamente á través de la historia y de la leyenda, sin haber convivido con ella, ni es la parte que inspiró su libro. Burgos, lo único castellano á pesar de llamarsele «caput Castellae», cabeza de Castilla. En este sentido le corrige atinadamente Galdós al completar, en el prólogo que á la obra pone, la visión de Castilla con una hermosísima pintura de otra parte de ella, la de los comuneros.

Auto b.

—4





Hay en el libro de Salaverría, más que una visión directa de Castilla, un gran conato por penetrar en su espíritu y por penetrar en ella a través de doctrinas filosóficas, no siempre las más adecuadas. Se ve demasiado a Nietzsche más allá de las páginas de «Vieja España».

Constituye gran parte de este libro una defensa del ideal guerrero y un censura de la actitud meramente defensiva. «Un espíritu militar, consecuente y arraigado, salvaría a este pueblo de su anárquica e incoherente vida de hoy» dice, y añade: «La sólida compenetración nacional no puede conservarse si no es mediante un ideal guerrero». Y en otro pasaje: «Este pueblo español que está aún sin desbastar, que todavía no está fatigado, sino dormido, este es un pueblo de guerra capaz de haber acometido una nueva temeridad, como en los buenos tiempos antiguos».

Merecen leerse las páginas en que desarrolla la idea de que el hombre es guerrero no por instinto, sino por reflexión y por voluntad, puesto que venido al mundo sin armas naturales ha tenido que procurárselas gracias a su voluntad de atacar. É inventó las armas. Lo cierto es que la inteligencia hace en el hombre lo que las garras, las fauces, los picos, los aguijones ó los cuernos, en otros animales.

Es el libro de Salaverría un libro alta y profundamente idealista. «¡Únicamente pa-

ra soñar grandes sueños de poder y gloria, es para lo que puede vivirse la vida!». Es una contribución más a la obra que unos cuantos perseguimos en España. Es un nuevo y fuerte contingente a mi evangelio quijotista. Y creo que mi «Vida de don Quijote» no ha sido extraña a la inspiración de este libro de mi paisano. Y es porque en ella quise dar ensueños y ante los que sacaban del espíritu de mi pueblo que es la substancia del mío, creyendo, como creo, que el quijotismo alienta, si en alguna parte, en nosotros los vascos. Mientras no nos lo mutilen con patriarcaladas y memeces de caserío, mientras no se impongan allí las amas y las sobrinas y los bachilleres y los curas y los barberos.

A don Quijote dedica Salaverría, en efecto, el final de su obra y hay aquí una observación tan penetrante, tan viva, tan intensa, que me reservo comentarla.

Es cuando dice: «por ser irreal y extraño es por lo que todos se burlaron de tí». «Además—añade—la tierra de Castilla era demasiado real, demasiado seca, y en ese terruño arisco no puede permitirse el lujo de vivir las fantasías y los redundantes simbolismos». Y más adelante: «Te engañaron para disculpar la marrullería de todo un pueblo».

Esta última parte del libro de Salaverría la he de comentar directa y especialmente.

Aquí tenéis, pues, un libro fuerte y breve que os revelará un alma y un alma de mi tierra no retenida ni menoscabada por ese fatal enoigamiento en que algunos parecen quieren mantenernos.

Una cosa hay, sin embargo, que no me parece bien en el libro de Salaverría y es su palabra final, aquel «¡Madrid!...» murmurado con «intranscribible emoción» al ver a lo lejos «un oasis de luz» «una neblina luminosa». No, Madrid no es luminoso.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Autó.

